

# Cómo fracasan las democracias

*El aparato institucional de la democracia se tambalea, hay una crisis general de confianza. Cuando fallan las ficciones verdaderas que sustentan un sistema, es fácil predecir su desmoronamiento.*

RAFFAELE SIMONE

A Emilia

## LA DEMOCRACIA ANGUSTIADA

A partir de la posguerra mundial, nos fuimos acostumbrando a considerar la “democracia” como una adquisición permanente. Esa convicción arraigó hasta el extremo de que entonces surgió la metonimia por la que los países con una democracia vigente empezaron a llamarse “las democracias” a secas. Un indicador de ese fenómeno es que Estados Unidos, vencedor de la Guerra Mundial, se autoproclamó “guardián de la democracia”, hasta el extremo de presentar sus iniciativas militares en el extranjero (incluidas numerosas guerras) como formas de “defensa”, o incluso hasta de “exportación”, de la democracia.

Sin embargo, 70 años más tarde el cuadro ha cambiado. Aunque se sigue aludiendo a la democracia, a sus valores y a sus méritos, en distintos puntos de Occidente da la impresión de que la gente está bastante harta de la democracia. Desde hace por lo menos una década

se manifiestan por doquier los indicios de impaciencia, e incluso de rechazo hacia la democracia. Por supuesto, en la historia reciente ha habido otros momentos de crisis parecidos: basta recordar las protestas de mayo del 68, o, anteriormente, las críticas antidemocráticas de Carl Schmitt<sup>1</sup>. Pero esta vez el cuadro es distinto, porque mientras tanto se han producido acontecimientos dramáticos que han influido poderosamente en la práctica y en la aceptación de la democracia, como por ejemplo la inmigración clandestina, la crisis de 2008, la difusión planetaria de Internet, todo ello con el telón de fondo de la globalización, por no hablar de fenómenos locales como la interminable experiencia berlusconiana en Italia, o la crisis de Grecia, y el giro a la derecha de buena parte de los países europeos, cuyo máximo exponente son Hungría y España.

Por ello, las formas de la impaciencia con la democracia son nuevas (desde los indignados hasta el movimiento *Occupy Wall Street*, y más allá). Mencionaré algunas de ellas: la irritación con las estructuras del poder, sintetizada con la violenta fórmula: “Que se vayan todos”; el nacimiento de partidos de extrema derecha, en paralelo con la aparición de partidos que reivindican “nuevas” formas de democracia; y sobre todo, el giro a la derecha de casi toda Europa a comienzos del siglo, que es el resultado final, contundente e inconfundible, de ese proceso. Al mismo tiempo se multiplican los análisis de los factores de crisis implícitos en la democracia como tal. La literatura sobre este asunto aumenta sin cesar<sup>2</sup>. Unos consideran, sin más, que para Europa el “momento democrático” se alcanzó inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, y que ahora estamos en una fase de “posdemocracia”<sup>3</sup>, dado que la “fase de la democracia de la posguerra” ya se habría agotado.

<sup>1</sup> Puede encontrarse un análisis de las oscilaciones del concepto de democracia en J. W. Müller, *Contesting Democracy. Political Ideas in Twentieth-Century Europe*, New Haven, Yale University Press, 2011.

<sup>2</sup> Entre los numerosísimos trabajos sobre estos temas, señalo solo los siguientes, de los que me he servido para redactar este texto: M. Gauchet, *La démocratie contre elle-même*, Paris, Gallimard, 2002; T. Todorov, *Les ennemis intimes de la démocratie*, Paris, Laffont, 2012 [*Los enemigos íntimos de la democracia*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2012]; D. Schnapper, *Le futur de la démocratie*, Paris, Institut Diderot, 2012; ‘A che serve la democrazia?’, número especial de *Limes. Rivista di geopolitica*, 2/2012; A. Mastropaolo, *La democrazia è una causa persa? Paradossi di un’invenzione imperfetta*, Turin, Bollati Boringhieri, 2011; Müller, *Contesting... cit.*; C. Crouch, *Post-Democracy*, Cambridge, Polity Press, 2004 [*Posdemocracia*, Madrid, Taurus, 2004].

<sup>3</sup> Me refiero a Crouch, *Post-Democracy*, cit., pág. 7.

En conjunto, la impresión parece ser que la democracia como régimen y como actitud está acabada, y que se hace necesario algo nuevo y más adecuado a las nuevas condiciones. Este artículo es una contribución al análisis de los motivos de esa impaciencia. El análisis se puede realizar desde distintos puntos de vista: el histórico y el teórico, de descomposición de los fundamentos conceptuales de la idea de democracia. Mi argumentación va a ser del segundo tipo, y va a seguir el siguiente esquema: *a)* La democracia se basa en “ficciones” constitutivas, que funcionan únicamente si se las entiende precisamente como *ficciones*. *b)* Por el contrario, si esas ficciones se asumen como “principios verdaderos”, pueden producirse “excesos” gravísimos; por otra parte, esas ficciones, gestionadas de forma inadecuada, pueden dar lugar a peligrosos “errores”. *c)* En la época moderna se han hecho realidad ambos peligros: los excesos y los errores de las democracias salen a la luz con particular evidencia, y de forma global, también debido al empuje de poderosos factores de contexto. *d)* Ello está debilitando las “ficciones constitutivas”, con el riesgo de provocar su desmoronamiento.

### FICCIONES CONSTITUTIVAS

Las democracias se basan en unas cuantas ficciones cruciales, que a pesar de todo es preciso asumir como “ficciones verdaderas”, dado que inspiran el funcionamiento de las instituciones y rigen su comportamiento<sup>4</sup>. Al estar basadas en ficciones, las democracias contienen un ineludible elemento de desafío utópico y una fragilidad intrínseca. En efecto, su punto de partida es el rechazo de algunos núcleos del pensamiento que yo denominaría “natural”, el pensamiento con el que el niño empieza a razonar, y del que se sirve hasta que intervienen la familia, la escuela y el contexto social. Entre dichos núcleos figura uno de los primeros descubrimientos del hombre: ¡Los seres humanos son diferentes! A ese primer núcleo el ser humano le añade, a lo largo de su crecimiento, un segundo núcleo, que es una toma de posición, y por

consiguiente una elección de valor: no es posible tratar a las personas sobre la base de su supuesta igualdad, sino que hay que tratarlas en razón de su “peso” (de temperamento, de riqueza, de poder, de fuerza física...). Un tercer núcleo del pensamiento “natural” exige que mande el más fuerte. El niño revela esas concepciones de manera espontánea, y el proceso por el que se transforma de un “pequeño totalitario” en un “pequeño demócrata” es largo, y no siempre tiene éxito<sup>5</sup>.

Ahora bien, la hipótesis democrática niega todos esos núcleos “naturales”, y por el contrario presupone que los hombres y las mujeres son iguales, y que deben ser tratados de la misma forma, y más aún, que la soberanía les corresponde a ellos. Además, la hipótesis democrática prevé que lo que manda es la mayoría, que esa mayoría puede fluctuar, y que a las minorías se les reconoce el derecho a existir y a expresarse. Así pues, ¡la postura que asume la democracia es de lo más acrobática, teniendo en cuenta la cantidad de principios “naturales” que rechaza!

Esta forma de resumir la hipótesis democrática basta, a mi juicio, para subrayar su carácter peligrosamente “artificial”. Ese término hay que entenderlo en sentido neutro: la hipótesis democrática es artificial porque suspende y niega una variedad de presupuestos humanos “naturales”. Ahora bien, constatar el carácter “artificial” de la democracia supone hacer un gran elogio de ella, y al mismo tiempo pone en evidencia su fragilidad: una hipótesis que tiene unos fundamentos empíricos tan endeble debe ser constantemente apuntalada, transmitida por la educación, protegida con buenos ejemplos (y “dando buen ejemplo”), y vigilada. La necesidad de ese dispositivo revela que la democracia no es una cumbre conquistada para la eternidad, sino la fase provisionalmente final de un proceso histórico, y que como tal está expuesta al riesgo permanente de crisis.

Ahora voy a enumerar las principales ficciones de la hipótesis democrática. La primera es la *ficción de igualdad*: todos los hombres y mujeres son iguales a pesar de las diferencias. Esa idea está en la

<sup>4</sup>Esta idea está bien desarrollada en Schnapper, *Le futur... cit.*

<sup>5</sup>A estos temas le he dedicado el capítulo final de *Le monstre doux. L'Occident vire-t-il à droite?*, París, Gallimard, 2010.

base de numerosas instituciones (la enseñanza, la justicia, la fiscalidad, la administración...), pero no deja de ser una ficción, puesto que gran parte de las diferencias que hay entre las personas persisten de forma insoslayable. Por añadidura, dado que las sociedades complejas tienen que organizarse, aun en la hipótesis de igualdad fundamental, es preciso conservar algunas distinciones, si lo que se pretende es que la sociedad funcione: el ejército tiene que tener un solo comandante, el docente es el responsable de toda la clase, el juez y el imputado no pueden intercambiarse los papeles...

La segunda ficción es la de *soberanía popular*. La soberanía popular consiste en que el pueblo confiere a un número limitado de personas el poder de gobernarlo según su propia opinión, y tan solo conserva el derecho a valorar su conducta en el siguiente turno electoral. Como puede verse, ¡es una interpretación bastante restrictiva de la idea de soberanía! Una síntesis de ese hecho, maliciosa pero no infundada, podría ser la máxima: “Tú dame el poder ahora, y ya hablaremos dentro de unos años”. A esta limitación doctrinal cabe añadir una concreta: ¡A los políticos les da miedo la soberanía popular! Según algunos (como Müller, *cit.*, sobre todo el Cap. V), las constituciones europeas, nacidas después de la Guerra Mundial, manifiestan una gran prudencia hacia la soberanía popular, por el temor de que esta, al gozar de demasiado espacio, pudiera dar lugar a excesos. Ese mismo temor se observa en el hecho de que una de las máximas instituciones europeas, la Comisión de la Unión Europea, no es elegida sino designada, ¡y tiene un fuerte, casi descarado, carácter tecnocrático!<sup>6</sup>

La tercera hipótesis es la *accesibilidad universal condicionada*: todo el mundo puede acceder a los cargos públicos, con determinadas condiciones, independientemente de sus ingresos, de su nivel de educación, de la actividad que desarrolla, etcétera. Pero se trata de una ficción, porque tampoco es cierto que a los cargos electivos pueda acceder cualquiera: para salir elegido hace falta dinero, el apoyo de organizaciones complejas, amistades influyentes, etcétera.

Además cabe mencionar la ficción de la *representatividad del delegado*. En virtud de esa ficción, la persona elegida por el pueblo “representa” no ya su propia voluntad sino la del sector del pueblo que la ha elegido. Desde un punto de vista lógico no está claro cómo puede producirse esa transferencia de voluntad, dado que el delegado no tiene, normalmente, la posibilidad de consultar a sus electores sobre todos los asuntos. Lo que ocurre es que cada elector renuncia durante unos años a una parte de su voluntad, *con la esperanza* de que su representante adivine correctamente su intención al elegirle.

La quinta hipótesis es la de la *inclusión ilimitada*: puesto que la democracia es expansiva e incluyente, todo el mundo puede refugiarse, establecerse, trabajar, reproducirse en un país democrático. Ese presupuesto ha determinado desde hace casi un siglo la extraordinaria hospitalidad de los países de Europa occidental con los fugitivos de todo tipo, confiriéndole al continente la noble reputación de zona segura. Pero aquí también es evidente el carácter ficticio de la hipótesis: la capacidad de absorber “extraños” es limitada desde el punto de vista del espacio, desde el punto de vista económico, y sobre todo por lo que respecta a la capacidad de los ciudadanos de soportar la inmigración.

Si en conjunto esas ficciones dibujan una arquitectura de una generosidad y una envergadura admirables, en la modernidad todas y cada una de ellas han dado lugar a excesos, y se han prestado a manifestaciones extremas. Consideremos por ejemplo la ficción de igualdad: si uno se la tomara en serio (es decir, si no la considera una ficción) podría llegar a *refuser toutes limites*<sup>7</sup>, y por consiguiente a cultivar la idea de una igualdad extrema: todos somos iguales *en todo*. Pero, como he dicho, las democracias incorporan una arquitectura estratificada, que prevé órdenes, funciones, roles, responsabilidades y niveles. Postular la igualdad extrema significa destruir esa arquitectura.

Por su parte, la ficción de accesibilidad universal condicionada ha demostrado ser insuficiente en cuanto la gente se ha dado cuenta de

<sup>6</sup>A ese respecto, véase Crouch, *Post-Democracy*, *cit.*, págs. 107-108.

<sup>7</sup>Cito de Schnapper, *Le futur... cit.*, pág. 8.

que en realidad la política solo es accesible para un reducido grupo de personas, que en un momento dado tienden a perpetuarse. Ello ha dado lugar a espectaculares fenómenos de “persistencia de los agregados” (como los llamaba Vilfredo Pareto), es decir a la perpetuación de grupos y élites políticas. Es posible que (como sospechaban Max Weber y Robert Michels, quienes lo describieron al principio del siglo XX), ese fenómeno sea intrínseco a la forma-partido como tal. La persistencia de los agregados ha creado “castas”, grupos cerrados e inaccesibles que tratan la política como una propiedad personal. Entre los ciudadanos, el descubrimiento del carácter de casta de esos grupos ha producido un odio generalizado hacia la esfera política, así como el nacimiento del fenómeno de la “antipolítica”.

Por último, la ficción de inclusividad y expansividad ha manifestado su desgaste a raíz del fenómeno de la inmigración clandestina, que ha afectado a todos los países de Europa occidental. Aunque en un principio (durante los años ochenta), empezó siendo un fenómeno pacífico y aparentemente controlable, ahora parece que a las autoridades se les ha ido de las manos. Frente a esa incapacidad política el pueblo ha reaccionado con dureza: muchos países europeos se han visto empujados hacia la extrema derecha, y han surgido numerosos partidos xenófobos.

## FACTORES DE CONTEXTO

Todos estos inconvenientes son intrínsecos al concepto de democracia. Pero las democracias actuales también se resienten de una serie de problemas debidos a un contexto histórico particularmente adverso.

El primero de esos problemas es la toma de conciencia, a consecuencia de la llegada de la globalización, del neoliberalismo y de las catástrofes económico-financieras que ha generado, por el hecho de que la autonomía política de los Estados esté condicionada por las oligarquías económico-financieras planetarias. Una parte de esas oligarquías están a la vista de todos (los grandes bancos, los grandes grupos de intereses, los conglomerados industriales) y en parte ocultas (las mafias internacionales, los grandes inversores individuales).

Desde ese punto de vista, los regímenes democráticos han acabado convirtiéndose en una tapadera que oculta impenetrables *arcana imperii*, poderosísimos grupos de intereses de los que se desconoce hasta el nombre. Los ciudadanos se dan cuenta de que su voto ha ido perdiendo gradualmente su significado, dado que las decisiones de los gobiernos están condicionadas por esos potentados.

Por lo demás, son numerosos los gobiernos donde los “poderes fuertes” financieros están presentes de una forma explícita. Basta con recordar las administraciones de George W. Bush, en las que distintas multinacionales habían colocado a sus hombres sin ningún tipo de disimulo; o el Gobierno de Sarkozy, descaradamente vinculado con grupos económicos; o el breve gobierno de Mario Monti, una delegación evidente de los líderes financieros nacionales e internacionales, que mandaron a sus subordinados a hacerse cargo directamente del problema Italia. Por otra parte, que la Comisión Europea es la manifestación de grupos de presión internacionales es una acusación ya vieja, pero que seguramente no carece de fundamento.

El segundo factor es el descubrimiento de un hecho que, como he apuntado, ya le resultaba obvio a los primeros analistas de la forma-partido (Max Weber y Robert Michels), a saber que los profesionales de la política tienden a perpetuarse. Parece superada incluso la hipótesis cínica de Schumpeter<sup>8</sup>, según la cual la democracia sirve para satisfacer el ansia de liderazgo de algunos, y que la administración solo es un “producto secundario” de intereses de otro tipo: en muchos casos, los grupos dirigentes ni siquiera se preocupan de administrar; ¡hacen sus propios negocios, y sanseacabó! Este fenómeno, al dejar en evidencia que la hipótesis de accesibilidad universal condicionada es ficticia, produce un mortífero distanciamiento entre la clase política y la sociedad civil: superprotegida por todo tipo de garantías y privilegios la primera; a merced de todas las tormentas la segunda.

<sup>8</sup>Me refiero a J. A. Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, Nueva York y Londres, Harper & Brothers, 1942 [*Capitalismo, socialismo y democracia*, Barcelona, Folio, 1984].

Un tercer factor es la explosión de la inmigración hacia Europa. Este fenómeno, actualmente en pleno desarrollo, ha puesto de manifiesto de una forma despiadada los límites de la ficción de inclusión ilimitada. La inmigración, que en un primer momento se consideró un fenómeno que había que abordar con actitud humanitaria, muy pronto empezó a suponer uno de los mayores problemas de las democracias europeas. El “miedo a los bárbaros” (según la afortunada expresión de Todorov) ha acabado imponiéndose, en contraste con la respuesta acogedora que los gobiernos de toda Europa habían dado al problema. La masa de la inmigración no está formada solo por mano de obra, indispensable para un continente que está envejeciendo, sino también por delincuentes, por fundamentalistas religiosos, por holgazanes... Además los inmigrantes, incluso los que proceden de países totalitarios, aprenden en seguida a reivindicar derechos a la europea: pretenden que las mujeres lleven el *burka* o el *hiyab*, que en los colegios dejen de celebrarse las festividades religiosas de los países anfitriones para no “ofender” a los niños y niñas extranjeros; en algún país incluso se ha reivindicado la poligamia... Desde el punto de vista de la sociedad civil, el inmigrante puede llegar a conseguir ventajas en muchos servicios respecto a la población autóctona: en la escuela, en la sanidad, en las viviendas sociales, etcétera. Es fácil que estos hechos se interpreten como síntomas de debilidad de las democracias, y que actúen como motivos de resentimiento.

Por último (aunque la lista podría ser más larga) entre los factores de contexto cabe mencionar el nacimiento de la esfera mediática, que ha tenido efectos decisivos en la esfera política, y seguirá teniéndolos en una medida cada vez mayor<sup>9</sup>.

## RESPUESTAS DE LAS MASAS

Ante el descubrimiento de que los pilares de la hipótesis democrática son ficciones, y debido a la presión de los factores de contexto que acabo de mencionar, las sociedades democráticas han elaborado toda

una serie de respuestas de masa, de reacciones instintivas, algunas de las cuales pueden convertirse, en manos de los políticos profesionales, en poderosos instrumentos de convocatoria y de llamada.

La más importante de esas reacciones es el rechazo del principio de representación y de intermediación, y la consiguiente invocación de la democracia directa. El principio de representación, que antiguamente se consideraba intrínseco a la idea de democracia, hoy se ve más bien como una forma de control de acceso a la esfera política, que al mismo tiempo excluye de ella a los electores. En un sistema donde a una persona se le otorga un poder que dura varios años (y que tiende a perpetuarse), se arrinconan y se excluyen las posibles contribuciones de los no-electos<sup>10</sup>. Ello crea inmediatamente una separación entre “ellos” y “nosotros”, entre “sus privilegios” y “nuestras estrecheces”. Por ello, el rechazo de la delegación afecta a todas las estructuras basadas en el principio de representación: parlamentos y asambleas electivas, partidos, personal político y parapolítico, hasta las máximas autoridades del Estado. En este momento me parece que el principal blanco de la desconfianza son los partidos y las asambleas electivas (de los parlamentos nacionales para abajo): los partidos, por ser gerontocráticos, inmutables, corruptos, dirigidos por castas e indiferentes a las necesidades de la gente; las asambleas electivas, por estar formadas por unos miembros que deciden por sí solos su remuneración y sus horarios, que se cooptan, que se reparten prebendas y privilegios...

Esta situación se ha visto exacerbada por el nacimiento de la “democracia digital”<sup>11</sup>, es decir por la utilización de Internet para crear movimientos, promover convocatorias, organizar votaciones, etcétera. Internet, al favorecer la creación de grupos que se pueden ampliar indefinidamente, la facilidad de los contactos entre ellos, el reducido coste de las operaciones, el aparente igualitarismo de sus miembros, ha producido el nacimiento por doquier de entidades de todo tipo,

<sup>10</sup> Sobre esta cuestión, véase A. Schiavone, *Non ti delego! Perché abbiamo smesso di credere alla loro politica*, Milán, Rizzoli, 2013.

<sup>11</sup> A este tema está dedicado el último capítulo de mi libro *Pris dans... cit.*; también hay distintas alusiones interesantes en Crouch, *Post-Democracy*, *cit.*

<sup>9</sup> Este tema se trata en el último capítulo de mi libro *Pris dans la toile. L'esprit aux temps du web*, París, Gallimard, 2012.

algunas de las cuales se han asomado a la vida política. Uno de los motivos de este fenómeno radica en que crea la ilusión de que uno participa, de que está ahí, de que cuenta en alguna medida.

Este último es el caso italiano, donde el denominado Movimiento 5 Estrellas, creado en Internet, y que aunque nunca había celebrado un congreso, logró llevar a numerosos representantes al Parlamento a raíz de las elecciones de 2013. Los “grillini” (como se les llama en Italia) votan telemáticamente sobre todos los asuntos, pero nunca se reúnen; consideran que están poniendo en práctica el principio de accesibilidad universal, pero su jefe se autonombró, es materialmente inaccesible, se muestra totalitario en las posturas que adopta, y goza de un cargo a perpetuidad; sus seguidores están convencidos de que son todos iguales, pero carecen de estatutos y pueden ser expulsados en cualquier momento.

### EL ‘CICLO DEMOCRÁTICO DE LA POSGUERRA’

Las respuestas de masas que acabo de describir están transmitiendo una terrible vibración a los cimientos de la democracia. Prácticamente todas las ficciones que forman la base de las democracias están mostrando su fragilidad. Por consiguiente, todo el aparato institucional de la democracia se tambalea, como puede advertirse por la crisis general de confianza. Cuando se tambalean las ficciones verdaderas que sustentan un sistema, resulta fácil predecir que ese sistema está a punto de desmoronarse. Un ejemplo es Italia, donde una de las más nefastas contribuciones de Berlusconi a la crisis de la democracia fue la deslegitimación sistemática de la magistratura, que ni siquiera perdonó a las más altas instancias, como el Tribunal de Casación y el Tribunal Constitucional.

Esquematisando mucho, para las próximas décadas hay dos extremos en la escala de los riesgos. Por una parte, la renuncia de los ciudadanos a cualquier forma de participación, y al mismo tiempo el traslado del poder a manos de los grupos de intereses y a los *lobbies*.

La moraleja de esa situación podría ser: “Dejad que se encarguen ellos; son del oficio”. Ahora bien, la abstención, que va en aumento en toda Europa, demuestra que los que quieren participar no desean hacerlo con *estas* reglas del juego. Pero con un electorado abstencionista, bastará con un porcentaje mínimo de los votantes para decidir el destino de los países, como se observa desde hace ya mucho tiempo en Estados Unidos.

En el otro extremo está la inestabilidad política permanente. La moraleja de esa posibilidad es: “¡Marchaos todos, y que pase lo que tenga que pasar!”. Es probable que por ese camino acaben llevándonos los motivos económicos, más que los motivos políticos: un colapso económico de grandes dimensiones podría tener precisamente ese resultado.

En ambos casos nos encontraríamos ante la bancarrota de la democracia, es decir un gigantesco desastre, con consecuencias mortíferas incluso para nuestra vida cotidiana. Aunque catastróficos, unos acontecimientos como los que acabo de mencionar no sorprenderían, empero, a los que saben que toda Europa posee una vena totalitaria que sigue estando demasiado viva, lo que impide contemplar con verdadero horror esos posibles escenarios. En el fondo, los fenómenos que he descrito significan que se está terminando “el ciclo democrático de la posguerra”. Desconocemos si en política existen ciclos afines a los económicos, pero podría perfectamente darse el caso. Aunque ninguno de nosotros sea capaz de imaginar lo que podría venir después de un ciclo como el que está tocando a su fin.

Traducción de Alejandro Pradera

[Texto original publicado en la revista MicroMega 4 / 2014.]



RAFFAELE SIMONE ES CATEDRÁTICO DE LINGÜÍSTICA EN LA UNIVERSIDAD ROMA TRE. AUTOR DE *FUNDAMENTOS DE LINGÜÍSTICA* Y *LA TERCERA FASE. FORMAS DE SABER QUE ESTAMOS PERDIENDO*.

\* “Grillitos”, por el apellido de su líder, Beppe Grillo (N. del T.).